

A black and white portrait of a man with dark, wavy hair, looking directly at the camera. The image is overlaid with a pattern of leaves and branches, creating a textured, artistic effect. The man is wearing a dark suit jacket and a light-colored shirt.

Fernando Fracchia
30/09/54 - 16/11/76

FERNANDO

«ALGO HABRÁN HECHO...»

A partir del momento en que mis compañeros de «Linqueños por los Derechos Humanos» me comunicaron que, por decisión de los integrantes del grupo, debía hacerme cargo de redactar una de las semblanzas destinadas a acompañar una de las biografías de *8 Robles*, mi mente comenzó a buscar un motivo, un disparador, algo que me permitiera entender primero, y justificar después, las poderosas razones que pueden llevar a un joven en plena adolescencia a intentar cambiar la realidad social en la que vive, más aún cuando ellas son abiertamente contrarias a los miserables intereses del sistema imperante.

Sumido en tales cavilaciones, abordé el micro que desde Santa Fe, y tras unas seis horas de viaje, terminó por depositarme en la siempre caótica terminal de Retiro a la hora en que el sábado 10 de septiembre comenzaba a desperezarse.

Con la intención de llegar entre los primeros a la no muy distante parada de taxis, apuré el paso entre la heterogénea muchedumbre que a toda hora transforma el lugar en un bullicioso y frenético hormiguero humano. A pocos metros de llegar, llamaron mi atención los gritos de una voz con timbre casi infantil, en la que se mezclaban los angustiosos sonidos del llanto con irreproducibles e interminables blasfemias. Como pude, me abrí paso entre la desordenada multitud que pugnaba por llegar a la ya muy próxima salida, guiado por los angustiados gritos... Entonces lo vi, envuelto en sus grises harapos, con la poderosa rodilla de un policía clavada como una hiriente estaca en el centro de su espalda, intentando liberarse, retorciéndose con la cimbreante elasticidad del junco.

La visión de su cuerpo menudo, convulsionándose en desesperadas contorsiones para escapar de su implacable custodio, fue motivo suficiente para detener mis pasos y observar absorto. A mi alrededor, en un continuo ir y venir tan indiferente como incesante, nadie parecía darse por aludido... De pronto, al levantar su cabecita descubrí sus ojos... desorbitados, bañados en hirvientes lágrimas... plenos de indisimulable rencor. Tras unos pocos aunque interminables minutos de violentos forcejeos entre feroces amenazas e insultos, el guardia, con la ayuda de un compañero, decidió arrastrarlo hasta la cercana vereda y, tras un último empujón, lo liberó. Como pudo caminó vacilante algunos pasos intentando recuperar el equilibrio y, tras recoger un trozo de

baldosa, lo arrojó con imprecisa violencia hacia los uniformados que, como yo, lo miraban atónitos.

Acto seguido tomó una mugrienta bolsa de plástico negro del tipo que se usa en los consorcios, la abrió temblando aún de irreductible furia y luego de caminar hasta un húmedo rincón del exterior del edificio, se acostó dentro de ella. Me demoré algunos segundos contemplando su indecible desdicha, giré luego para alejarme sin sospechar que ese simple gesto coincidiría con lo que desde hacía tiempo buscaba...

Sí, porque fue en ese preciso instante en que me sentí invadido por mil interrogantes, que volvió a mí tu imagen Fer, tu imagen y las de Roberto, José María, Samuel, Dora, Elvio, Osvaldo, Daniel y, sin conocerlos, las de aquel vasto enjambre de 29.992 soñadores, compañeros de irrenunciables luchas, de comprometida militancia, de luminosos ideales, y empecé a comprender y justificar esas «poderosas razones que pueden llevar a un joven en plena adolescencia a intentar cambiar la realidad social en la que vive».

Casi sin proponérmelo me alejé repitiendo en voz baja los doctos versos de «Canción para un niño en la calle», esa bellísima creación parida por la infinita ternura de Armando Tejada Gómez, al tiempo que resonaba en mi cabeza esa otra cruda sentencia del venerado Osvaldo Bayer «No se puede hablar de Democracia, mientras haya un solo niño en la calle...».

Cada uno es producto de su pasado, de la influencia que tuvieron en nuestra formación esas personas que nos marcaron con la dignidad de su ejemplo, me dije. Entonces, a cada paso, apareció en mi memoria la noble estampa, la voz, las invalorable enseñanzas del escribano Juan Fracchia ¡Tu Padre Fer! ... ¡Mi profesor! Mi inolvidable profesor de Educación Cívica en el último año del secundario en nuestra querida Escuela Normal. Y no me quedaron dudas de que las semillas de dignidad que sembró en tus fértiles surcos, fueron las mismas que hizo germinar en el corazón de todos aquellos que tuvieron el privilegio de ser sus alumnos. Él fue como un radiante faro que nos ayudó a disipar las primeras tinieblas de nuestras dudas.

Por eso hoy, con renovada admiración y profunda emoción, quisiera gritarle al mundo las invencibles razones por las que cada uno de ustedes no vaciló en asumir el desafío de intentar perseguir la utopía de un mundo más justo, digno y solidario, en el que ningún ser humano deba seguir padeciendo el atroz flagelo del hambre, la miseria, la falta de oportunidades, de

trabajo, educación y techo, un mundo libre de marginados y privilegiados en el que, entre tantas otras aberraciones, ningún niño proyecte en sus ojos llenos de inocentes lágrimas, la brutal perversidad de un sistema sanguinario que lo condena una mañana cualquiera, a buscar refugio dentro de una pestilente bolsa de residuos para combatir el frío y conciliar el sueño. ¡Esas fueron las innegociables razones de vuestros ideales! Las mismas que motivaron la invención de ese criminal «antídoto» que fue el macabro genocidio perpetrado por el siniestro «Plan Cóndor» para imponer uno de los más horrendos sistemas de aniquilamiento del que la humanidad tenga memoria, el demencial terrorismo de Estado, recurso al que decidió echar mano la elite dominante que ordenó a su brazo ejecutor, conformado por una jauría de mesiánica ferocidad, no sólo despedazar con saña los cuerpos de sus víctimas, sino manipular a través de su monopolio informático, la mente de millones de adherentes al típico argentinismo del «No te metas», que no vaciló en tomar posición desde un ambiguo y distante reduccionismo que, a pesar del tiempo transcurrido, goza todavía de muy buena salud: «Algo habrán hecho...» Aún persiste en mis oídos esa incomprendible letanía con que era justificada la feroz carnicería y sus bestiales métodos de exterminio que incluían desde el robo de bebés, hasta los tenebrosos vuelos de la muerte, pasando por la más variada gama de repugnantes mecanismos de tortura, tales como la parrilla, las descargas de picana, el aterrador submarino o el alucinante barbarismo de introducir ratas en la vagina de las víctimas que eran además, sometidas a todo tipo de vejámenes y sistemáticas violaciones... «Algo habrán hecho» repetían desde la pueril incerteza de la sospecha, en una moderna versión de la milenaria «Verdad sin pruebas» que es la principal base de sustento del dogma de todas las creencias religiosas. Tras el paso de los años, fastidiados por aquellos que, tras la creación de los organismos de Derechos Humanos no cesaron en reclamar por la Memoria, la Verdad y la Justicia, decidieron acuñar otro exabrupto típico de su hiriente insensibilidad: «¡Por qué no se dejan de revolver ... basta, ya pasó, hay que mirar para adelante!...» Por todo ello Fer, porque si no nos importa el otro, el mundo no tiene sentido y porque sin personas como vos, como ustedes, el incesante proceso civilizatorio y la humanidad toda, estarían condenados a perpetuarse en el tiempo del primitivo espanto.

A la manera de un cálido homenaje y con la certeza de quien desprecia la duda, te aseguro que tanto vos como cada hombre o mujer que no vacile en arriesgar su vida por tan altos ideales en

cualquier lugar del mundo «Irán conmigo, mientras proyecte sombras mi cuerpo, y quede a mi sandalia arena».

Fernando Signorini

Nacido en Lincoln. Profesor de Educación Física. Especialista en preparación de futbolistas.

**Volverán los treinta mil
Sí, volverán los que ya no están
Sí, volverán siempre que los recordemos
Volverán con la memoria de los que no olvidamos.**

Década del setenta, época de pantalones oxford o bombilla, de camisas escocesas o floridas, de polleras cortísimas o largas fruncidas, de guitarreadas y vinos, de risas y puchos, de llantos y puchos, de trasnoches con apuntes y radio, de libros y exámenes, de discusiones políticas y mates, de amores y mates, de marchas y cánticos, de sueños y rebeldías, de protestas y banderas, de dedos en V y manos en puño, de obreros y estudiantes, de experiencias en villas y facultades, en villas y fábricas, de asambleas y volanteadas, de asambleas y pintadas, de lectura compartida y debates acalorados, de compañeros de militancia, de miedos y valentías, de milicos a caballo y camiones hidrantes, de gases lacrimógenos y bastones negros, de falcones verdes y metralletas asomando, de reclamos y represiones, de reclamos y palos, de camiones y palos.

Década difícil, vivida a borbotones, con aciertos y errores.

Época de ideales, de intensa militancia, de juventud comprometida y solidaria.

Época de secuestros, desapariciones y asesinatos.

Época de silencios y complicidades.

En esa década, a principios de 1973, partió de su Lincoln natal, Fernando Fracchia rumbo a la ciudad de La Plata para estudiar abogacía.

Emprendemos tu búsqueda, Nano, con la esperanza de visibilizarte en éste, nuestro tiempo.

De la primavera del '54 al verano del '73

Fernando Octavio Fracchia, asesinado en la ciudad de La Plata el 16 de noviembre de 1976, a la edad de 22 años, por la policía bonaerense a cargo del sanguinario coronel Juan Ra-

món Camps. Este aniquilamiento pasó a ser conocido como la «masacre de la pensión de 4 y 36».

Nº de legajo Conadep: 1246

Fernando «Nano» Fracchia nació en Lincoln el 30 de septiembre de 1954. Fue el primer hijo, de los tres que tuvo el matrimonio constituido por Irma Sarobe y Juan Fracchia. Marcelo, dos años menor que él, fue su gran compañero y amigo inseparable de toda su corta vida, en cambio, con Juan Bernardo, su hermano menor, nacido en 1970, sólo compartió tres años de convivencia.



Fernando, el primero a la derecha, y su familia

Cuando niño, Nano vivía en una casona amplia y antigua, la típica casa de galería cerrada, en la Avenida Alem y Balcarce, frente al actual club Independiente. Una infancia tranquila y feliz de pueblo grande, con amigos inseparables, los hermanos Visús, con amigos de barrio como los hermanos Bolzán o los hermanos Gázquez.

Mucho tiempo compartido en juegos como fútbol, cazar pajaritos, vender diarios para armarse de unos pesos y comprar el asado que ellos mismos hacían, jugar a la «guerra» en los largos cunetones que se cavaron cuando se hicieron las cloacas. Pasar siestas charlando sentados en los bordes de las cunetas que rodeaban las calles, sólo atravesadas por los puen-

tes de acceso a las viviendas, bajo la sombra de los frondosos árboles que la municipalidad conservaba. Todo en ese barrio de calles de tierra, porque el pavimento se realizó, tal vez, cuando Nano tenía once ó doce años, un tiempo antes de que se mudaran a la casa de la calle Sarmiento al 960, que en la actualidad aún la habita su familia.

En esa época se construyó el gimnasio del club Independiente. Su hermano Marcelo recuerda que «Juan Guerrero», típico personaje de nuestro pueblo, que con el paso del tiempo se convirtió en el caminante incansable de todos los caminos del partido de Lincoln, era el peón que tiraba hacia arriba los ladrillos mientras no dejaba de cantar. Ellos, los chicos, nunca se perdían nada porque se la pasaban jugando en la obra.

Marcelo también se refiere a otro personaje linqueño, muy famoso, al que se lo apodaba «Chaparrón». Chaparrón era el característico linyera, sucio, encorvado, harapiento de impermeable ennegrecido, que caminaba, seguido por unos cuantos perros escuálidos, llevando una bolsa colgada de su hombro y al que se lo veía indefectiblemente los domingos con su mano extendida en la puerta de la iglesia en la misa de once. En el pueblo se comentaba que Chaparrón había sido un hombre rico que se convirtió en linyera por un desengaño amoroso.

Los chicos compartían con Chaparrón parte de su tiempo. Les encantaba escuchar las largas historias referidas a su vida, las que les contaba sentado junto a ellos, también en los bordes de las cunetas. Nano, Marcelo y sus amigos sostenían una relación natural, de respeto y consideración, con una persona muy diferente a lo que la sociedad considera «normal». Intercambiaban charlas y se sentían a gusto con quien habitualmente era depositario de gritos y burlas por parte de chicos y jóvenes. Chaparrón a éstos siempre les respondía con murmullos groseros.

¿Estaría ya latente en Nano la esperanza de una sociedad que incluyera a los más vulnerables?

Su amigo en la infancia, secundario y compañero de vida en su primer año en La Plata, Héctor Emilio Bolzán recuerda los muchos y hermosos momentos compartidos. Desde los jue

gos con soldaditos alrededor del piletón en el amplio patio con frutales de los Fracchia, las carreras con autitos, a los que le ponían masilla para hacerlos más pesados y poder ganar, en la veredas o en la misma calle Balcarce, hasta los asados que hacían con la venta de los diarios. El último asado que compartieron durante la época de la escuela primaria, lo hizo el papá de Nano en la casa de la calle Sarmiento, refiere Héctor.

Héctor, para sus amigos de infancia Emilio, se emociona cuando recuerda esos veranos de su niñez: *«Jugábamos siempre a las escondidas con mi hermano Jorge, con los hermanos Fracchia y los hermanos Visús. El básquet fue el deporte compartido en esos veranos, jugábamos en la categoría Microbios en el club Independiente desde diciembre a febrero, este deporte nos aunaba aún más».*

«A Nano lo recuerdo, tímido, callado, muy solidario. Nunca, ni él ni su hermano Marcelo, hacían diferencia con nosotros que proveníamos de una familia trabajadora más simple que la de ellos, que eran hijos de un papá profesional, escribano y una mamá docente, no tan común en esa época. En su casa, además, se leía mucho, no así en las nuestras. Nosotros no notábamos diferencia, justamente porque ellos no la hacían. A Irma, su mamá, me parece verla, impecable, dulce y con un prendedor tipo flor».

Fernando iba a la vieja Escuela N° 2 que estaba ubicada al lado del banco Nación, también sobre la avenida Alem al 1.100, Nano caminaba todos los días las cuatro cuadras que lo separaban de su casa.

La Escuela Bernardino Rivadavia N° 2 es una escuela pública. Ubicada en el centro de la ciudad, frente a la plaza principal que lleva el mismo nombre. Fue creada en el año 1879. Esta construcción estaba enmarcada en el proyecto de las «Escuelas palacios» que recreaban las formas francesas, caracterizadas por majestuosas fachadas, escaleras de mármol y amplios salones.

Ese edificio fue demolido en el año 1979, durante la dictadura militar, en su lugar se construyó una nueva escuela, cuyo diseño arquitectónico respondía a la ideología y al proyecto del Gobierno. Se inauguró en el año 1980.

El diseño arquitectónico de las escuelas construidas durante la dictadura se caracterizaba por el uso del hormigón armado, las vigas rectangulares, la carpintería metálica y la abundancia de paredes y espacios vidriados. Esta estructura organizada alrededor de un espacio central principal, rodeado de espacios secundarios, con paredes transparentes es la representación mejor lograda del panóptico. Un panóptico es una construcción cuyo diseño hace que se pueda observar la totalidad de su superficie interior desde un único punto. Fue creado para la construcción de cárceles.

Para el filósofo francés Michel Foucault, el concepto de panóptico se extendió desde las cárceles a otras instituciones como las escuelas o las industrias para convertirse en una técnica de control. El Gobierno de la Dictadura lo implementó también en las instituciones escolares, por lo tanto en cualquier análisis, no puede escindirse a la educación del terrorismo de Estado.

Hasta la década de los noventa, las escuelas públicas recibían a chicos de todas las extracciones sociales, sólo un pequeño porcentaje de la población estudiantil iba a los colegios privados que eran todos confesionales. En general, los hijos de la clase media y clase media alta concurrían a la céntrica Escuela N° 2 o la Escuela Normal. Al resto de las escuelas públicas asistían chicos más vulnerables muchos de los cuales también acudían a los Centros Educativos Complementarios, donde comían, con suerte y según el presupuesto que tocara, una comida nutritiva al día más el desayuno y/o la merienda. Irma, la mamá de Fernando, fue directora del Jardín N°8, colindante con la Escuela N°18, ambas instituciones recibían una matrícula de sectores humildes.

A partir de la década del '90 comienza a tener más protagonismo la educación privada.

Irma inaugura el jardín N°8 en el año 1966, como directora. Las gestiones para la creación la llevó a cabo el diputado radical Dr. Maffía, durante la presidencia de Illía. Recuerda Irma que le entregaron el edificio despojado de todo, sólo contaba con algunas mesitas y sillas. Ella se puso a trabajar inmediatamente y lo primero que hizo fue coser delantales, pinto

res a cuadritos, para que todos los chicos estuvieran iguales. También hizo partícipes a sus hijos en la tarea de proveer al jardín de elementos y los puso a pintar juguetes de madera, entre otras cosas.

Entre estos dos mundos se movió Nano en su infancia y adolescencia. Observando las desigualdades y las injusticias. Nunca se olvidó, ni fue indiferente a esa realidad.

A Fernando le apasionaba la lectura y si bien era un chico común, siempre le daba una vueltita más a las cosas, afirma Marcelo. *«Por ejemplo, ya a los quince, si un día discutía con mi viejo sobre cuestiones políticas, a la noche se ponía a leer algo al respecto, para continuar la discusión con más argumentos».*

Marcelo comenta que sus padres no fueron militantes de ningún partido político, aunque su mamá proviene de una familia radical. *«En nuestra casa se hablaba mucho de política y obviamente de la situación social en el país, especialmente desde fines de la década del '60, principios del '70 cuando entra en discusión todo lo reprimido desde el '55. Teníamos, los cuatro, charlas muy abiertas en la cocina, acá en casa, cuando Nano venía de La Plata. Mi viejo pensaba que el gobierno de Perón había sido muy bueno, pero cuestionaba la tan mentada corrupción, Fernando era muy crítico de esta postura y a menudo discutían. Mis padres, fueron de cabeza amplia y propensos a conmoverse con las desigualdades sociales por lo que entendían la lucha y la militancia, pero tenían mucho temor por lo que pudiera ocurrir».*

«La vieja era la súper mamá, lo dice con profundo orgullo, cosió los delantales para todos los chicos del jardín N° 8 del cual ella fue directora en el año 1966. Fernando y yo armábamos y pintábamos los juguetes encastrados para que los pibes del jardín pudieran jugar».

A este adolescente flaco y de pelo largo le encantaba la música, pasaba horas escuchando rock nacional, sobre todo a «Sui Generis» y a Pappo, le apasionaba tocar la guitarra. Cuando regresaba de algún boliche bailable o bar, a las cuatro o cinco de la mañana, se sentaba en su casa horas, sólo él y su

guitarra. Le gustaba más tocar la guitarra que estar en el boliche.

Nano tocaba el bajo eléctrico como integrante del grupo de rock linqueño «Quo Vadis» junto a Aldo Saralegui, que tocaba el órgano, hoy un destacado músico, pianista de tango que ha recorrido exitosamente el mundo.

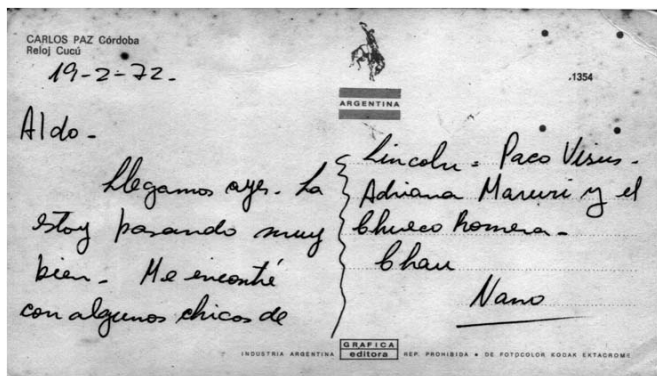
Aldo cuenta que: *«cuando muy joven habíamos formado un conjunto musical que se llamaba Secta Beat, en ese grupo no teníamos bajo eléctrico, tiempo después, tal vez en 1971, se incorpora Nano con el bajo eléctrico y el conjunto pasó a llamarse Quo Vadis.¹ Fue justamente su incorporación lo que determinó el cambio de nombre».*

El grupo ensayaba en un gran sótano de la vieja casona de la esquina de Uriburu y Del Valle, propiedad de la familia Saralegui. Aldo recuerda que tocaban temas de «Los Gatos», de Los Beatles, como La Balsa y Anochecer de un día Agitado, de Creedence- Clearwater- Revival y algunos propios. Recorrían los clubes de los pueblos del partido de Lincoln y partidos aledaños con su música. Actuaron en el Club C.A.S.E.T. de El Triunfo, el Deportivo y Social de Arenaza, El Atlético Bayauca, el Atlético y Social San Martín de Roberts y el Atlanta de Vedia, entre otros.



Nano, tocando el bajo eléctrico en Quo Vadis, en el centro de la foto

«Era un pibe más vale tímido, buenísimo como persona. Estudió guitarra clásica de manera particular, me parece que con el profesor Fernández. Se adaptó enseguida a nuestro grupo y al uso del bajo. Cuando recorríamos los pueblos hablábamos mucho de música y también de chicas. Un verano viajó a Carlos Paz y desde allí me envió una tarjeta postal,¹ algo muy común en esa época. Nos íbamos por una semana y les escribíamos a la familia y a los amigos. Aún la conservo».



Tarjeta postal enviada por Nano desde Carlos Paz (Córdoba) a Aldo Saralegui

«La última vez que lo vi fue en la confitería Bako's, en la esquina de Mitre y Alberdi, frente al cine Porta Pía. Él ya estudiaba en La Plata. Me comentó que había conocido a unos músicos con los cuales tenía ganas de hacer algo, por lo que pensaba llevarse el equipo y el bajo. No sé exactamente cuánto tiempo después lo asesinaron, pero no debe haber pasado mucho desde aquel encuentro. Me enteré por mi mamá lo ocurrido, al regresar de afuera. Fue para mí una situación impactante y dolorosa no sólo por el afecto que le tenía, habíamos sido buenos compinches y compañeros, sino por darme cuenta hasta qué punto podía llegar la dictadura en la que vivíamos»

Con el paso de los años, Aldo Saralegui se desempeñó como profesor en el Conservatorio de Música «Aldo Quadraccia». En una oportunidad se acercó a saludarlo el her-

mano menor de Nano, Juan Bernardo, quería rememorar lo vivido por ellos en esa etapa. Lo invitó a su casa y le mostró lo que Nano había dejado. Aldo se retrotrajo a esa época con profunda nostalgia. El bajo eléctrico y su equipo estaban allí, en el living, el deseo de llevárselo a La Plata había quedado trunco.

Aún hoy, relata Juan Bernardo, Juamber, el bajo y su equipo continúan en la casa. Juamber tiene un borrón de esa parte de su historia, no puede recordar nada, de Nano y de su papá sólo tiene las imágenes que emergen de las fotos. *«Primero, cuando era muy chico, me contaron una historia que no era real, la verdad aparece en mi vida cerca de los trece años. No recuerdo cómo me lo contó la vieja, pero sufrí una especie de shock, hice un corte rotundo, por más que lo intenté, nunca logré recordar. Con mami evitábamos siempre hablar del tema, seguramente para no procurarnos sufrimiento mutuo. Puedo decir que hace sólo unos pocos años he logrado hablar de mi hermano sin llorar».*

A Nano le gustaba mucho el fútbol, los picados con amigos y compartir asados, por supuesto con vino tinto, y de vez en cuando una copita de ginebra para reavivar alguna charla polémica. Era hincha del club «El Linqueño», clásico rival del club «Rivadavia», los dos clubes más populares de Lincoln. Hizo el secundario en la Escuela Normal Abraham Lincoln, ubicada en la Avenida Alem al 1.900, pero ya en esa época su familia se había mudado a la casa de la calle Sarmiento, por lo que tenía que caminar muchas cuadras más que cuando iba al primario. Siempre fue un muy buen alumno, escolta de la bandera, destacado por su inteligencia y solidaridad con los compañeros.

Los tres primeros años los cursó en la modalidad comercial, idioma francés. En cuarto año pasó a la modalidad Bachillerato Común, siempre por la tarde, en la que convergieron chicos de diferentes cursos, por lo que desde ese año se integró al grupo con el cual egresó de quinto, en 1972.

Era un curso poco numeroso, once alumnos, la mayoría varones, alegre, generalmente poco conflictivo. Si bien no se hablaba de política, algo de las inquietudes de entonces a veces se compartía, no mucho, no todos. El regreso de Perón,

tan ansiado por las clases populares, apareció un día en el aula, cuando Poroto, un compañero, dijo algo así como *«tal vez tenga suerte y pueda festejar mi cumpleaños con el regreso del General»*. A lo que una profesora le contestó con ironía *«algunos ilusos todavía quedan»*. Al escuchar este diálogo, otro compañero, Ismael, de familia profundamente peronista, intervino diciéndole a la profesora: *«iluso o no, en todo caso es todo un pueblo el que cree y espera»*. Prometió también cantar la marcha peronista en clase cuando regresara Perón. Así lo hizo el 17 de noviembre de 1972 cuando Perón regresó por primera vez a la Argentina, después de un largo exilio. Los compañeros comenzaron a azuzarlo para ver si se animaba a cumplir lo prometido... y él cumplió.

Para comprender y pensar en relación al episodio que se relata es necesario detenernos en la cultura del odio que se había instalado en gran parte de la sociedad, especialmente de clase media contra el peronismo, a partir de la dictadura de 1955, autoproclamada como Revolución Libertadora. Esta dictadura derrocó al gobierno constitucional de Juan Domingo Perón, llevando a cabo el sanguinario bombardeo sobre la población civil en Plaza de Mayo desde aviones que llevaban en su vientre el signo de Cristo Vence, fusilamientos a militares opositores y civiles y persecuciones por doquier, a tal punto que estaba prohibido nombrar el apellido del ex presidente. Desde esa época y hasta los gobiernos que la continuaron, los que también proscribieron a los peronistas, se promovió el aborrecimiento hacia el peronismo, se silenció y fundamentalmente se justificó, a través de los poderes hegemónicos, esta realidad.

Nano participó activamente de C.E.L (Centro Estudiantes Linqueños) como integrante de una de las subcomisiones que lo conformaban, posiblemente Prensa, recuerda Héctor. Era muy cumplidor, serio, respetuoso, honesto, características todas a ser tenidas en cuenta para la elección del presidente de ese centro. Por lo mismo, por corrillos se sabía que la comisión directiva saliente del año 1971, asesorada por el profesor Manuel Balarino, que era la encargada de elegir a la nueva del año 1972, pensó también en él para la presidencia, como

uno de los dos candidatos que postulaba. Los viernes a las 18 horas se reunía la comisión directiva y a las 19 horas se incorporaba el resto de los miembros. En ese fin de año, en el asado característico de despedida, se informó la conformación de la nueva comisión y el cargo de presidencia se le otorgó a Héctor Bolzán. Héctor comenta que si tuviera que elegir una palabra para definir el sentir de Nano en ese momento sería decepción. «Sí, Nano quedó decepcionado».



CEL. Noviembre de 1972. Nano es el primero de la derecha, a su lado siempre Elvio. En el centro de la foto, el profesor Manuel Balarino

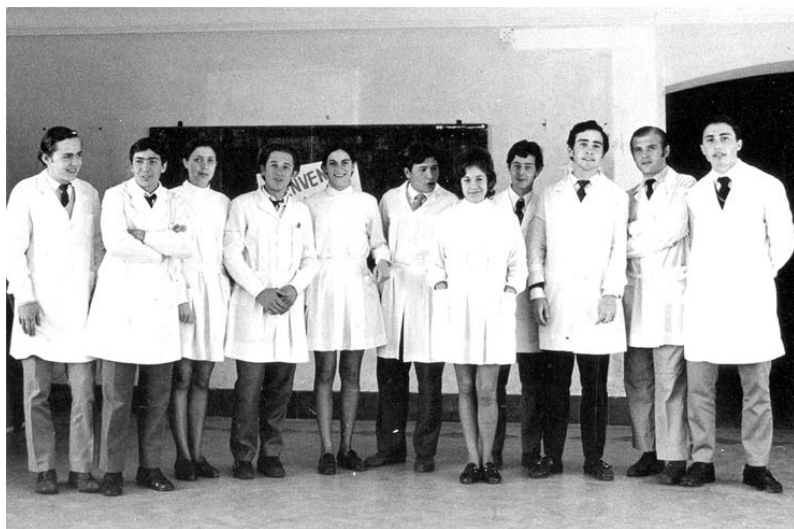
Héctor también recuerda que cuando iban a quinto año, el grupo Quo Vadis dio un recital en Bako's, confitería bailable de moda en Lincoln que nucleaba a los chicos de clase media. Parte de lo que tocaron fue improvisado, y como cierre quedó Nano en un solo de bajo, impactando a todos.

En noviembre de 1972 Nano y Héctor fueron en micro a La Plata para realizar la inscripción en las carreras que habían elegido, Nano Abogacía, Héctor Medicina. Almorzaron en esa ciudad. Nano sabía que en capital iba a actuar «Pescado Rabioso» (banda que formó Luis Alberto Spinetta luego de la di

solución de Almendra) grupo del cual era fanático, por lo que le rogó a Héctor que lo acompañara. Hicieron una larga cola para sacar las entradas. Tomaron el micro de la empresa Rojas a las dos de la madrugada para regresar a Lincoln, por lo que al otro día faltaron a clase, recuerda Héctor.

Respecto a amores en esa etapa de su vida, su hermano Marcelo dice recordar no más de dos novias, pero no novias «firmes» y Héctor recuerda a una chica que era compañera de quinto año que estaba muy enamorada de él, con la que salió un tiempo.

Nano fue el que eligió la frase cuando egresaron: «*No importa de dónde venimos, sino dónde vamos*», esa que llevaron los chicos impresa en un rectángulo de tafeta prendida con un alfiler en el delantal blanco junto a la nómina de egresados bachilleres 1972. Esta expresión que alude a la importancia de la acción en el futuro, hace reflexionar a su compañero Ismael, el que lo define como una persona que tenía «*inquietudes intelectuales, cierto vuelo como se dice, él estaba más allá de la media*».



Escuela Normal Abraham Lincoln, diciembre 1972. Nano es el primero de la izquierda



Escuela Normal Abraham Lincoln. Diciembre de 1972. Nano, el segundo de la izquierda, sostiene su diploma. A su lado, en el centro de la foto, su compañero y amigo inseparable, Elvio Franzosi (ambos asesinados en la «masacre de la pensión») y a la derecha de la foto Héctor Bolzán

Del verano del 73 a un tormentoso 16 de noviembre del '76

Eligió estudiar abogacía por lo que partió rumbo a La Plata en el verano de 1973 a realizar el curso y examen de ingreso. Compartió el departamento durante ese primer año con cuatro compañeros: Elvio, Leopoldo, Ismael y Héctor. Elvio Franzosi, uno de los ocho desaparecidos linqueños, también fue asesinado junto a Fernando en 1976.

El departamento pertenecía a los padres de Leopoldo y estaba ubicado en la calle 47 entre 1 y 2. Leopoldo, refiere: *«Éramos cinco en el departamento y Goro (otro amigo de Lincoln) que prácticamente vivía con nosotros. Dormíamos, Elvio, Nano y yo en una habitación. En la otra, Ismael y Héctor. El día que llegó Perón a Ezeiza, nosotros nos quedamos escuchando la radio, sólo fue Ismael. Lo esperamos despiertos hasta las 3 ó 4 de la madrugada y como no llegaba nos tiramos preocupados un rato a dormir. Llegó como a las*

6 con una campera verde militar, todo embarrado y con dos banderitas de Argentina, le preparamos café porque estaba helado».

«Yo me vine del departamento y ellos continuaron viviendo ahí hasta que mis padres lo vendieron, tal vez en marzo de 1975».

«Unos diez o quince días antes de que los mataran estuve con Nano y Elvio cenando en el bar de la terminal de Lincoln como hasta las 5 de la mañana, me causó gracia porque Nano había empezado a fumar particulares verdes. Me pidieron que si yo los tenía en mi agenda, los borre, por las dudas. Ellos ya me habían borrado de la de ellos, que era porque estaban militando y era peligroso. El que me lo pidió fue Elvio».

«Te puedo decir el DNI de Nano 11.212.177, hasta las últimas elecciones salía en los padrones, siempre me fijaba y no lo podía creer. Todavía sueño con ellos cada tanto, la mente humana es increíble, pero además sueño bien con ellos.»

Ismael recuerda ese 1973 compartido con una mezcla de nostalgia y alegría. «Nano era tranquilo y estudioso, muy buen tipo, sí, era un tipo al que uno jamás dudaría de definirlo así. Tocaba siempre su guitarra. Aún después de cuarenta años me parece verlo en un lugar del departamento tocando la guitarra en los ratos que largaba los libros».

«La primera materia de abogacía, Derecho Romano, la estudiamos juntos, él, Goro y yo en el departamento. Goro estaba siempre con nosotros a pesar de que no vivía ahí. Recuerdo haber compartido varias veces con los padres cuando iban a visitarlo, eran muy cálidos, afectuosos y solidarios. Cocinaban para todos nosotros».

Héctor recuerda su convivencia en ese primer año compartido: «Yo estudiaba de día y de noche descansaba... pero de noche los demás hacían mucho ruido y no podía descansar y por lo tanto no podía estudiar...» Esta situación determinó que al año siguiente se separara del grupo.

En ese año, 1973, el único que militaba era Ismael, por ese motivo se sentía bastante cuestionado por los otros cuatro compañeros. Un dato que aporta Ismael para definir que ni

Elvio ni Nano militaron ese año, es que ninguno de los dos fueron a Ezeiza, a diferencia de él, aquel trágico 20 de junio de 1973 cuando Perón regresó a la Argentina. Si los chicos hubieran estado ya militando en la JUP hubiera sido una cita ineludible.

«*Nano y Elvio comenzaron militando en la Juventud Peronista (J.U.P), al año siguiente los perdí de vista*», comenta Ismael.

Tal vez a fines del '73 Nano inicia su participación en la JUP, sumándose a la militancia universitaria como la inmensa mayoría de los jóvenes de esa década, convencido de que era la única forma de transformar la injusta realidad. La militancia primero en la facultad y luego en los barrios, la militancia entendida como construcción y debate permanente.

Esto no impidió que llevara la carrera al día, con muy buenas notas en los exámenes. Nano fue un buen estudiante, tanto en la escuela como en la facultad y la pasión por la música y la lectura lo siguió acompañando siempre.

En 1974 continuaron en el mismo departamento, Elvio, Nano y posiblemente Goro pasó a vivir con ellos.

Cuando Marcelo, su hermano, termina el secundario en 1974, los padres deciden comprar un departamento en la calle 40 entre 2 y 3 de La Plata. Allí viven a partir de 1975, Nano, Marcelo, Elvio y Goro hasta octubre de 1976.

La vida de Nano continúa con mucho estudio y militancia. Marcelo recuerda que su hermano se levantaba a las seis de la mañana para estudiar, a las ocho cursaba, a las doce se iba a militar algún barrio y volvía, exhausto, a las ocho de la noche al departamento. Que muy de vez en cuando iba al cine, pero que leía mucho y escuchaba mucha música. La militancia en los barrios era comprometida, se trataba de solucionar los problemas a la gente. Realizó un curso para aprender a soldar y de ese modo no sólo resolver él mismo las necesidades del barrio, sino transmitir lo aprendido a los vecinos. Otros compañeros de lucha estudiaron carpintería, plomería, etc. Los pequeños logros alcanzados por los desocupados del barrio, como por ejemplo vender las palitas para asar que ellos mismos ha-

cían, lo ponían muy contento y ni qué hablar si una panfleteada se realizaba con éxito. Nano era conocido en la militancia como Tano y en la facultad como Húngaro.

«En esa época se tenía una convicción política muy importante, la forma de vencer era no aflojar. Era una construcción permanente, día a día. La militancia da ganas, fuerza, efervescencia. En la militancia se labura y se construye. Los ideales ayudan a vencer los miedos. La muerte no era algo que preocupara, es más, él siempre decía que era preferible morir antes de caer, porque si caías también morías pero antes por ahí delatabas. Es muy difícil entender esto hoy», comenta Marcelo.

El terrorismo de estado incorporó niveles de atrocidad desconocidos, diseminando el miedo en todo el país, pero en las grandes ciudades se percibió con mayor nitidez. Las instancias de control se filtraron en todos los espacios. Procedimientos tales como zonas liberadas, persecuciones, detenciones, allanamientos, secuestros, enfrentamientos fraguados, patotas policiales y parapoliciales por doquier eran hechos cotidianos. Las fronteras entre lo legal y lo clandestino estaban invisibilizadas porque casi todo transcurría en la ilegalidad. La satanización de la militancia a través de la prensa junto a todos estos mecanismos disciplinadores lograron una ciudadanía mayoritariamente silenciosa, despolitizada e individualista. La Plata fue un ejemplo típico de ciudad en la que permeó el miedo, mientras el Estado desataba su saña contra aquella parte de la población que luchaba por un país con justicia.

Un día de octubre de 1976, Marcelo, al salir de la facultad, nota que lo siguen dos tipos de traje. Para despistarlos, da unas vueltas antes de regresar al departamento. Convencido de haberlos perdido intenta abrir la puerta de entrada, en ese instante mira hacia un costado y los ve parados en la esquina. La situación vivida dentro del departamento con su hermano y compañeros es de profunda tensión. Tienen en claro que lo siguieron y conocen las intenciones de las patotas. Muchos compañeros ya habían caído y por lo tanto continuar en ese departamento se tornaba inseguro. Por lo que evalúan, anali-

zan posibilidades, consecuencias y deciden separarse. En una charla en la que participaron no más de cinco o seis compañeros, fue Nano el que decidió que Marcelo debería separarse de ellos, porque tenía que dar cuenta en un futuro de lo que sucedía, por lo tanto tenía que sobrevivir para contar, debía dejar testimonio de lo que la historia caracterizó como genocidio. ¡Profundamente lúcido Nano con sus veintidós años!

Marcelo, tal vez como parte de este legado, le planteó a Fernando Signorini la importancia de escribir un libro sobre los ocho desaparecidos linqueños. Fue a partir de esta propuesta que en «Linqueños por los Derechos Humanos» comenzó a gestarse la producción de este libro.

Después de ese episodio estuvieron, como mucho, dos semanas más en el departamento. Marcelo partió entonces a una punta de La Plata a vivir con un amigo, y Nano, Elvio y Goro a buscar un lugar para habitar. Marcelo desconocía la dirección de la vivienda a la que accedieron. Se enteró dónde quedaba la pensión que finalmente consiguieron, el día de la masacre.

El departamento de los padres quedó clausurado, nadie aparecía por allí.

Héctor, que había compartido con los chicos el primer departamento en el año 1973, vivía en 1976 en una pensión. Recuerda que un día al llegar a la casa se encuentra con Nano y Elvio hablando con la dueña de la pensión. Los notó reticentes con él. Un poco nerviosos, asustados, preocupados o tal vez sorprendidos. Tuvo la clara sensación de que no lo querían ver. Partieron enseguida. Días después Héctor se entera por su papá de lo sucedido.

«Poco tiempo después de enterarme de sus muertes ,estaba practicando en el hospital de Lincoln, aún no me había recibido de médico, cuando llaman a un profesional que trabajaba ahí para avisarle de la muerte de un familiar, era el papá de Nano, el escribano Fracchia, el que había fallecido. Pensé, no pudo soportar semejante dolor. Estas dos situaciones vividas en un espacio de tiempo tan corto me impactaron muchísimo, aún me parecía verlos el día en que fueron a la pensión, no podía creerlo».

De este breve tiempo ya no hay más testimonios de la vida de Nano en La Plata.

A fines de octubre los papás de Nano, Irma y Juan, acordaron una reunión familiar en Vicente López en casa de sus tíos, Tica y Luis, con la intención de persuadir a Nano que se fuera a Uruguay. Su tío, militante peronista, percibía con claridad el peligro que representaba quedarse. Marcelo recuerda de ese día algunas cosas que le quedaron grabadas para siempre: *«Estábamos con mis viejos en casa de mi tía Tica, la reunión se hizo para convencer a mi hermano de que se tenía que ir del país, que corría peligro si no lo hacía. Nano se negó rotundamente. Todos le decían que podía morir si se quedaba, que la situación estaba muy complicada. Mi hermano se sentó en la falda de la vieja y dijo que no, que él no se iba a ir, que no pensaba dejar en banda a sus compañeros.*

Yo no opiné nada. Siempre sentado en la falda de mi vieja pidió, que si algo le pasaba le contarán a mi hermano más chico cuando pudiera entenderlo, porque en ese entonces él sólo tenía seis añitos. Mi vieja dijo: - es la decisión de él».

Las convicciones que se tenían en esa época, respecto a no abandonar a los compañeros de militancia, eran muy firmes. Esta postura es una constante que se evidencia en los Juicios por la Verdad cuando atestiguan los poquísimos sobrevivientes y en toda la bibliografía escrita sobre este fatídico tramo de nuestra historia.

Quince días después de ese encuentro sobrevino la cruel y asesina irrupción por parte de un grupo de tareas de la policía bonaerense en la pensión de 4 y 36. Ese mismo día, por la mañana, cuentan algunos compañeros que lo vieron en la facultad.

Cierta tarde de noviembre, Marcelo iba en colectivo cuando alguien que sube comenta que en una esquina de la ciudad habían matado a unos cuantos. A pesar de que se vivía constantemente entre miedos y sospechas, entre murmullos peligrosos y miradas desconfiadas, entre taconeos de borcegués y frenadas vertiginosas de falcones verdes, entre ruidos taladrantes de sirenas y ráfagas mortales de metrallas, no obstante esa cotidianeidad, ese día Marcelo tuvo un presentí-

miento lacerante. Pensó en su hermano, en su querido Nano. Ese día era 16 de noviembre.

«No dije nada, me fui a la pensión en que vivía y a las dos horas más o menos llegó Goro para decirme que los habían matado. Goro vino vestido con una camisa grande, no me acuerdo si tenía puestas zapatillas u ojotas, me contó lo sucedido y los dos decidimos que lo que primero teníamos que hacer era informar a los compañeros de militancia. Ellos ya sabían lo que había pasado, nos dijeron que nos fuéramos. Nosotros tomamos el Río de La Plata y nos fuimos inconscientemente a Capital para llegar a lo de mi tía Tica. Desde ahí los llamamos a mis viejos y les dijimos lo que había pasado. En pocas horas mis padres llegaron a lo de mis tíos. Con ellos había viajado desde Lincoln la mamá de Elvio Franzosi, asesinado junto a mi hermano en la pensión. Estuve como dos meses viviendo escondido hasta que regresé a Lincoln. Mi viejo se murió dos meses después por hacerse el fuerte para que mi vieja no muriera, era diabético, la gran tristeza se lo tragó. Después todo fue dolor y oscuridad».

El 16 de noviembre del '76 fue un día caluroso y gris que presagiaba chaparrones. Pasado el mediodía, cerca de las 14 horas, un grupo de tareas, las patotas del siniestro jefe de la policía bonaerense Ramón Camps, a cargo del «Oso Acuña «y Miguel Ángel Amigo, irrumpió a los tiros en la pensión de 4 y 36.

En la pensión vivían cinco compañeros: Fernando Fracchia, Elvio Franzosi, Rubén Gorosito, Julio César Pomponio y un quinto joven del cual se desconoce la identidad, se deduce su presencia ese día en la pensión, por lo manifestado por Rubén Gorosito a Marcelo Fracchia y por las crónicas policiales de esa época.⁶

⁶ La Opinión del 17 de noviembre de 1976 publica el siguiente comunicado: *LA PLATA.- El Comando de Zona I del Ejército informó: el 16 del actual a las 14,20 horas, ante informaciones obtenidas de que en una finca de la calle 4 entre 35 y 36 de la ciudad de La Plata se encontrarían reunidos elementos subversivos se procedió a allanar la misma... generándose un*

Rubén Gorosito⁷ oportunamente contó que él estaba estudiando en su habitación cuando escuchó ruidos, miró por la celosía y vio personas de civil armadas corriendo en el patio de la pensión. Así como estaba, sólo con un vaquero puesto, salió desesperado por la puerta que daba a la calle 36 y llegó caminando hasta la esquina. A medida que se alejaba, aterrado, escuchó las detonaciones de los disparos. Un vecino le prestó una camisa y otro lo llevó en auto hasta el centro. Buscó a Marcelo para contarle lo vivido.

Los vecinos relataron que les dispararon de todos los lados, que las balas se incrustaron no sólo en el frente sino también en las paredes interiores, que mataron a dos morochos y a dos rubios (Nano y Elvio). Uno murió tratando de saltar un tapial, otro cerca de un árbol, otro en la vereda... al cuarto nadie se refiere.

Marcelo cree que Nano quedó junto a aquel árbol porque justamente no intentó escapar, sino que prefirió enfrentar el inevitable desenlace, él decidió que lo mataran antes de caer.

«En 1977 regresé a nuestro departamento de la calle 40 donde habíamos vivido con mi hermano, los vecinos me contaron que días después de la masacre había estado la policía preguntando por mí y por Goro. Habían revisado y saqueado todo, ni los zapatos nos dejaron. Aún no me explico por qué estoy vivo».

Con el discurso de «los enfrentamientos» la Dictadura instaló la teoría de una guerra, ocultando el verdadero accionar del terrorismo de Estado. Los falsos «enfrentamientos» fueron una especie de puesta en escena para justificar y ocultar el accionar asesino del Gobierno Militar. Esta metodología bus-

enfrentamiento... como resultado del mismo fueron abatidos cuatro delincuentes subversivos por la documentación secuestrada pertenecían a la organización declarada ilegal en 1975 (Montoneros). Las fuerzas conjuntas sufrieron las siguientes bajas: un oficial del ejército con herida de bala en tórax, un oficial de Policía de Buenos Aires con herida en el pie derecho y un guardia cárcel.

⁷ Ruben Gorosito declaró por esta causa en noviembre de 1999. Informe de Prensa de la APDH La Plata – juicio por la Verdad

caba reforzar la idea del enemigo interno y peligroso, era parte de las maniobras utilizadas para hacer aparecer los cuerpos de los militantes asesinados. Esto se ve con claridad en la publicación del diario *La Opinión*, el día siguiente a «la masacre de la pensión de 4 y 36».

Sin un periodismo que accionara al servicio del gobierno genocida no hubiese sido posible cometer esos crímenes. Los medios ocultaron información y mintieron. A partir de un discurso legitimante de lo actuado, la Dictadura junto a los medios hacen visibles determinados hechos y otros se deniegan o invisibilizan, por ejemplo torturas, desapariciones, violaciones, secuestros, robos de niños, vuelos de la muerte, la existencia de los cientos de centros clandestinos de detención.

Los medios de comunicación implantaron la indispensable dominación simbólica, fundamental para la ejecución del genocidio. Instalaron el terror y construyeron en la sociedad la certeza de que el accionar de la dictadura era el rumbo inexorable, la única salida.

En base a documentación provista por Comisión Provincial por la Memoria (CPM) se supo que Nano fue visto por compañeros en la Facultad de Abogacía, el mismo 16 de noviembre por la mañana.

La CPM es un organismo público que nace con el objetivo de desarrollar actividades de investigación y transmisión sobre las violaciones a los derechos humanos cometidas en la historia reciente de nuestro país, impulsando un fuerte reclamo de verdad y justicia. En diciembre del año 2000, el Gobierno Provincial le transfirió el archivo de la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires) para que hiciera de éste un centro de información.

Los documentos del archivo de la DIPPBA tienen particular importancia para la reconstrucción del período 1976/1983, en el que las actividades políticas estaban clausuradas, por lo que todo el accionar de estudiantes, organizaciones sindicales, obreros fue clandestino, esta realidad dificultó la conservación de fuentes documentales y, en consecuencia, la reconstrucción histórica de dicho período.



MEMORIA DE LA COMISIÓN DE
 VERDAD
 RESERVADO

CARD: 3568 (Argentina)
 NOMBRE: FERNANDO OCTAVIO FRACCIA
 FECHA DE LA DENUNCIA: 04 de octubre de 1977

HECHOS PERTINENTES:

"La desaparición de Fernando Octavio Fraccia, I. & N° 11.018.177, sede N° 16 de noviembre de 1976. Es el caso de deserción de la facultad leonesa de la Frata, fue visto por sus compañeros por última vez el día 16 de noviembre de 1976, a la mañana en la facultad. A partir de ese hecho, se perdió todo contacto con él, y a pesar de todas las búsquedas realizadas ante autoridades competentes, no se obtiene ninguna información

De acuerdo a datos recogidos y a información obtenida en distintas averiguaciones, el día 16 de noviembre a la tarde, se encontraron en la vivienda ubicada en la calle N, entre 35 y 36 de la Frata.

De acuerdo al comunicado del Comando de Zona 1, ese día fue realizado un procedimiento en ese lugar."

Documentación obtenida en la Comisión Provincial por la Memoria. En el folio 43, se puede leer una nota producida por la Secretaría General de la Policía, (informe reservado) la que expresa que los compañeros de Fernando lo vieron por última vez en la Facultad, la mañana del día 16 de noviembre de 1976 y confirma que el Comando de Zona 1 hizo un procedimiento en la pensión ubicada en 4, entre 35 y 36.

Y continuamos buscando pedazos de la historia para seguir el breve trayecto de tu vida, Nano. Pero nos faltan datos y testimonios que nos ayuden a reconstruir tu militancia. Claro, si casi no quedaron testigos, si aniquilaron a 30000, si destruyeron casi toda la memoria...

Irma: madre militante

Irma nació en Lincoln, vivió en el campo en una pequeña chacra.

«Mi infancia en el campo fue muy linda, muy natural. Mi padre era español y había venido a la Argentina a los cuatro años. Se llamaba Fernando y mi mamá, Juana. Éramos cinco hermanos. No teníamos televisión ni radio y siem-

pre estábamos entretenidos. Tengo muy lindos recuerdos de mi infancia».

«Yo iba a una escuela rural y en cuarto grado vine a la ciudad. Fui a la Escuela N° 1 y después a la Normal, donde me recibí de maestra. Luego hice el terciario y me recibí de maestra jardinera. Trabajé como docente mucho tiempo, en principio no advertí la importancia de mi tarea, pero hoy cuando me encuentro con el reconocimiento de ex alumnos que algunos ya tienen casi setenta años, me emocio...».

«Me puse de novia, me casé y fui muy feliz. Tuve tres hijos varones. Fernando era el mayor, él fue un chico muy bueno, muy generoso y de un perfil muy bajo. Cuando lo elegían como mejor alumno o mejor compañero no le gustaba. Después le seguía Marcelo y el más chiquito, Juan Bernardo. Tuvimos una vida sin problemas hasta que Fernando se fue a La Plata. Él estaba convencido de querer estudiar Derecho y de militar en el peronismo, de ayudar, de luchar por la igualdad social. Estaba muy comprometido con eso, a pesar de que sabía muy bien que su vida estaba en riesgo. Fernando hablaba mucho con su padre, le encantaba conversar, discutir. Se preparaba para tener ricas conversaciones. Yo lo apoyaba siempre, porque éramos muy compañeros. Él tenía veinte años y nos quedábamos muchas horas hablando sobre sus ideas, sus proyectos. Quería hacer la carrera, recibirse, trabajar y ayudar a la gente. Le molestaba la falta de respeto, la discriminación. Tenía una gran vocación de servicio, de querer ayudar. Fue una época de mucha efervescencia política, de jóvenes muy comprometidos y politizados. Después de tantas muertes que ocasionó la dictadura, hubo mucho miedo de intervenir en política. Se instaló la idea de que mejor era no meterse».

«La vida de Fernando en La Plata al principio fue normal. Después se complicó todo. A él lo matan en noviembre de 1976 y mi marido muere en enero de 1977, a los dos meses. Me quedé en un pozo. Caí y estuve mucho tiempo en un pozo. Pero me ayudó a vivir mi hijo más chico, que en aquel momento tenía seis años. Me costó mucho salir, estuve años abstraída, sin salir de casa, no iba al cine, ni al corso, ni a nin-

gún lado. Viví como diez años así. Sinceramente, al principio no tenía mucha idea de lo que estaba pasando. Yo siempre valoré la igualdad social, en eso estábamos de acuerdo. Pero allá la cosa se complicó mucho. No encuentro una explicación. Mi hijo no fue el único, fueron demasiados. Es inentendible. Lo que pasó fue un horror. Leí el libro «Nunca Más» y, la verdad, no podría volver a leerlo. Nunca pensé que el ser humano podría ser tan criminal.

A pesar de mi profundo dolor, hice un montón de viajes y no he podido lograr nada. Cuando estaban los militares fui a varios despachos y a varias oficinas y me hicieron sentir muy mal, me sentí despreciada muchas veces, pero sin embargo seguí. Seguí pero nunca conseguí nada. De todas maneras, me alegro mucho cuando aparece algún nieto o cuando hay alguna noticia positiva que tenga que ver con la verdad y la justicia.»

«...Lo que yo daría por encontrar los restos de mi hijo...».

La mayoría de los informes obtenidos a través de la CPM están referidos a la búsqueda incansable de Irma, a través de los hábeas corpus que presentara ante las autoridades policiales y militares.

A lo largo de las 78 fojas, se puede leer y reconocer solicitudes de averiguación de paradero y presentación de hábeas corpus. Estas solicitudes van dirigidas a la policía, al Ministerio del Interior, los juzgados y la Secretaría General. A cada uno de los requerimientos se le responde con expresiones como »negativo«, «...en este Organismo no existe constancia alguna con relación a la temática del adjunto...», también se puede leer »...resultado negativo...«, «...hasta la fecha en este Comando Superior no existen antecedentes...» Estos registros exponen el modus operandi de las fuerzas del poder para negar la desaparición de las víctimas. El siguiente material ilustra sobre el Estado terrorista y sus formas de control, persecución y muerte a todo aquello que se resistía al orden establecido y a la ideología dominante. También se encuentra implícito el concepto de «desaparecido» en las respuestas a las solicitudes de los familiares.

«Fue una etapa muy dura, continúa Irma su relato. Pero cuando pasó todo, lo que hicimos fue crear una Asamblea Permanente de Derechos Humanos. Eso fue a comienzos de los ochenta, todavía estaban los militares. Había mucha gente en Lincoln que pensaba que estaba bien lo que estaba pasando. Los medios no informaban y la gente no tenía idea. Pero a pesar de eso la Asamblea tuvo mucha aceptación. Yo me sentía apoyada por mucha gente, eran los menos, pero hubo gente que se involucró...».

«Estoy muy orgullosa de mi hijo, dio la vida por lo que creía y luchaba».

Irma fue otra de las tantas madres que transitaron incansablemente los recorridos dolorosos, humillantes, desgarradores que hicieron todas las madres en busca de sus hijos y nietos desaparecidos. Con una fortaleza que sólo se obtiene del amor de madre y buscando una respuesta a la pregunta *¿Dónde están nuestros hijos?*, estas luchadoras incansables, primero en soledad y luego juntando sus manos y sus fuerzas se hicieron escuchar y se convirtieron en la única resistencia al gobierno genocida del proceso militar, el período más negro de nuestra historia reciente.

Con la llegada de la democracia, se organizaron las Comisiones de Derechos Humanos que continuarían con la tarea de búsqueda de los desaparecidos y de los nietos apropiados y que, además, se ocuparían de velar por el cumplimiento y el respeto por parte del Estado de los Derechos Humanos de todos los habitantes. Misión por la cual entregaron la vida sus hijos, era su legado...

Irma fue una de las fundadoras de la APDH en la ciudad de Lincoln. Lamentablemente, no alcanzó a ver la concreción de este libro. Murió el 6 de diciembre de 2016.

DOS COMPAÑERAS DE LA APDH LA DESPIDEN.

Me uno a esta sentida y justa despedida de Linqueños por los Derechos Humanos a nuestra querida Irma, compañera ejemplar, perseverante, serena, atinada, afectuosa, comprometida, solidaria, luchadora incesante y profundamente

humana. Combinaba como pocos dos cualidades, la firmeza y la serenidad, que junto a su agudeza y lucidez, hacían que su palabra y sus ideas siempre aportaran algo constructivo o nos dejaran pensando, revisando o integrando posiciones aparentemente contrapuestas.

Militamos juntas codo a codo muchos años en la APDH, y puedo dar testimonio de estas y muchas cualidades más, especialmente el rol integrador, equilibrador y dinamizador que ejercía en el grupo que conformábamos, sin bajar las banderas jamás ni amilanarse ante las sucesivas adversidades que enfrentamos. Otro rasgo característico era su humildad y la inexistencia de cualquier protagonismo personalista, era una verdadera militante, la fuerza para ella estaba en el grupo y en los objetivos de Memoria, Verdad y Justicia que nos animaban. Se movilizaba no sólo por su tragedia individual sino por todos los desaparecidos y por todos aquellos, que sufrían el cercenamiento de los derechos humanos y la injusticia social.

Irma jamás se confundía en qué vereda estar y cuál luchar, en la del pueblo (que llevaba en su alma) o en la de los poderosos o demagogos que buscan dominarlo o manipularlo en su provecho.

Agradezco y me siento privilegiada de haber tenido esta compañera y madre de la vida, deja el mejor de los legados y una profunda huella en mí.

Por esas curiosas coincidencias de la vida, escribí este homenaje en el día Universal de los Derechos Humanos, que fue y es la causa que nos unió, previo a concurrir a la marcha en Plaza de Mayo donde tantas veces estuvimos juntas con nuestra bandera de la APDH. La sentí presente en cada madre, en cada reclamo de Memoria, Verdad, Justicia, en cada grito de «130.000 compañeros desaparecidos, presentes ahora y siempre!»

¡HASTA SIEMPRE QUERIDA COMPAÑERA!

Fabel.

Estás....

Estás en tus hijos, en tus nietos, en tus bisnietos.

En cada docente que formaste, en cada niño que educaste.

En cada persona que tiene tu sabiduría, tu firmeza, tu paz, tus firmes convicciones, tu prudencia, tu lucha silenciosa, tu valentía, tus no deseos de venganza-revancha aunque la vida te pegó donde más duele.

Estás en cada 24 de marzo, en cada lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

En cada uno de tus compañeros de DDHH de ayer y de hoy.

Fuiste, sin saberlo, tan humildemente un ejemplo de vida.

Quien ha sido todo eso nunca muere, Irma...

El mejor homenaje que podemos hacerte es continuar la lucha ineludible por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Por tu hijo y por los treinta mil desaparecidos.

Susana

El martes seis falleció en nuestra ciudad Irma Sarobe de Fracchia. Irma fue una de las fundadoras de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (A.P.D.H.) local, en los primeros años de la recuperación democrática.

La dictadura genocida la golpeó llevándole a su hijo Fernando, uno de los ochos compañeros desaparecidos linqueños.

Irma fue una luchadora incansable en la búsqueda de justicia para su hijo y los 30.000 compañeros desaparecidos.

Irma fue madre y abuela presente, una docente querida y admirada por sus pares y alumnos.

En el trabajo cotidiano de la militancia, Irma se caracterizaba por ser solidaria, respetuosa de la palabra y opinión del compañero, valoraba el trabajo colectivo, reconociendo siempre la importancia de resolver todo democráticamente. Los compañeros coinciden en que Irma irradiaba respeto, afecto y paz.

Fue miembro honoraria de «Linqueños por los Derechos Humanos», nos acompañó y seguirá acompañando en la lucha por Memoria, Verdad y Justicia.

*IRMA, PRESENTE, ¡AHORA Y SIEMPRE!
«LINQUEÑOS POR LOS DERECHOS HUMANOS»*

Aunque lo intentaron arrancándote la vida, no pudieron Nano, porque seguimos haciendo presente tu lucha y la de tus compañeros. Lograron hacer desaparecer los cuerpos, pero no consiguieron borrar los símbolos, las voces de la militancia, las banderas de libertad, igualdad y justicia para todo el pueblo oprimido.

Por Cristina Vergagni y Graciela Villarreal